

Imágenes del pasado-presente para registrar una biografía social



Aula N° 108 (FFyL-UBA). Fotos de profesores y estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desaparecidas/os durante la última dictadura cívico-militar (1976-1983) en la República Argentina.

Gabriel Pranich

Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, Proyectos UBACyT y FILO:CYT (IICE-FFyL-UBA).

Este artículo forma parte del deseo de realizar una tesis desde el presente horizonte en la Maestría de Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad (FFyL-UBA).

gabrielpranich@gmail.com

Un recuerdo para introducir

Sucedió durante una cruda tarde de invierno en Buenos Aires en la que hay que usar ropa abrigada y aun más si se vive lejos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Luego del viaje nunca cansador, gracias a la lectura en transporte público, después de una hora y

cuarenta y tantos minutos alcancé la esquina de un edificio en donde pasaría a ser un ingresante más a la licenciatura en Historia, estrechamente vinculada con la memoria y la sociedad y, especialmente, con la reparación del pasado. Con cada paso llegué a la puerta y en cuanto miré hacia delante vi un manto que caía del cielo. Eran folletos muy extensos que cubrían los ojos con distintos conflictos sociales de la época que ya no recuerdo con exactitud. Abriéndome paso entre manchas celestes, letras negras, otras rojas y también amarillas. Llegué a una fila de personas que atravesaba el pasillo del primer piso de la facultad; como de costumbre bastante perdido, comencé a investigar cuál era la fila. En un momento, detrás de una señorita que me explicaba, con su sonrisa y las perlas de su boca, sobre qué se trataba esta práctica institucional fue que vi el reflejo de rostros en los vidrios de una puerta que hacía de fondo. No comprendí, porque desde donde estaba solo veía que las manchas formaban rostros borrosos. Creí que provenían de otro lado y supuse que estaban del otro lado del vidrio. Tratando de que la señorita finalizara la conversación, buscaba dirigirme hacia los extraños rostros, nublados, difusos, de los que me separaban los pasos y los años. Así es que le agradecí por toda la información asegurándole que había comprendido. Caminé por el piso, también rojizo, hacia las puertas de madera y, para mi suerte, una de las hojas estaba entreabierta. Revisé hacia los costados comprobando que nadie me viera, una y otra vez, ya que no sabía si podía entrar. Al asegurarme que nadie estaba cerca, que nadie me observaba, abrí la puerta y entré a la velocidad de un rayo para llegar a los rostros que estaban al fondo del aula en un gran mural apaisado repleto de personas. Perdiendo los pasos en el eco: ¡de pronto!, allí estaba delante de los rostros que me miraban y yo solo quería comprender a quiénes estaba viendo por primera vez. Quedamos del mismo lado.

A partir de una vivencia personal en la facultad es que en este trabajo intentaré, en primer lugar, desplegar la reescritura de una memoria en común que hace a un presente porque hay un pasado presente mediante el hacer con imágenes. Para tal fin partí de los trabajos de Giorgio Agamben (2002), Dominick LaCapra (2005), Maurice Halbwachs (2011), Paul Ricœur (2013), Fabiana Rousseaux y Stella Segado (2018); para luego repensar el acto de recordar con la imagen de una clase a partir de la cultura visual desde Nicholas Mirzoeff (1998), W. J. T. Mitchell (2002) y Fernando Hernández (2000, 2005, 2018). Y así confluir en una subjetividad en el proceso de reescritura de una imagen que hace a una vivencia de la memoria.

El propósito es indagar en la memoria mediante las significaciones sobre las personas desaparecidas en la última dictadura militar (1976-1983) en el territorio argentino, desde nuestras acciones con las imágenes situadas en el mural del aula N° 108 de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Desde ahí que la pregunta-problema es ¿cómo las acciones intersubjetivas con imágenes constituyen un lugar para un sujeto de la memoria desde la universidad? Asimismo, ¿cómo la memoria de una clase universitaria dialoga con las imágenes que hacen a un pasado presente reescribiendo una biografía social? Situaciones que hacen a la hipótesis: la memoria colectiva desde la intersubjetividad es un lugar donde se hace una subjetividad de la memoria.

En principio, en relación con la memoria de la sociedad argentina, Rousseaux y Segado han planteado en *Territorios, escrituras y destinos de la memoria* dos situaciones cruciales a mi entender. En primer lugar, un sujeto político y, en segundo lugar, una política de la memoria. Es decir, una política de reparar la historia, de la reparación social, de la recreación de los vínculos sociales, de los lazos que nos enlazan en una memoria colectiva atravesadas/os por el pasado en un porvenir colectivo. Desde aquí planteo relaciones con los desarrollos de Agamben y LaCapra estableciendo nexos para pensar el genocidio en nuestro país mediante la desaparición forzada de 30.000 personas: ¡con vida! Por consiguiente, ¿qué es un sujeto político a partir de los crímenes de lesa humanidad en la Argentina? Fabiana Rousseaux dice:

De este modo, podemos entender, en términos de construcción de políticas de la memoria, por qué esa experiencia nos constituyó en nuevos sujetos políticos ya que se logró conformar una experiencia colectiva que permitió cambiar la idea de que el Estado no podía producir más que impunidad. (2018: 35)

Desde aquí es que me propongo brevemente acercar una reflexión sobre lo que hacemos con las imágenes de personas desaparecidas en la última dictadura argentina, siendo dicha acción una reconstrucción de la memoria que nos inscribe en una biografía social o en una memoria compartida en un tiempo y en un espacio. En este sentido, ubico el foco en una memoria viva donde no hay una distinción entre pasado y presente, sino, más bien una continuidad de la experiencia singular y social. Desde ahí es que me interesa situar una biografía social o la inscripción de un sujeto de la memoria

a través de la praxis con imágenes. Pretendo alcanzar dicha pretensión en una conclusión que —lejos de cerrar— abra el camino hacia otros trabajos sobre la experiencia.

Para contribuir a una comprensión en el hilado de la memoria

En la Argentina se constituyó un territorio de la memoria en relación con un sujeto político a partir de la interpelación social con nuestra historia dañada por la última dictadura militar. El sujeto político es aquel que puede interferir en la esfera pública ya que no espera obtener ningún derecho burocrático por parte de las instituciones estatales. El pasado emerge desde su condición dañada del presente. En este sentido, siguiendo a Rousseaux y Segado (2018), la reparación es una política ciudadana que actúa en forma transversal a la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Desde ahí reparar nuestra memoria es algo que hacemos para poder comprender(nos) en el presente. Aquí es relevante citar una pregunta que se plantearon Rousseaux y Segado desde el trabajo con testigos en relación con “aquello de lo que los testigos hablan es de lo que nos sucede” (2018: 39). Y no, exactamente, aquello que nos sucedió. Esta diferencia, subrayada por las autoras, da forma al presente desde el propio pasado y viceversa. En la medida en que formamos un pasado nos constituimos en un presente. Y ahí es donde puede surgir la inquietud por aquello que nos sucede, en tanto lo que nos sucede acontece a partir de un hilado con el pasado.

Ahora bien, a mi entender, el daño de nuestra memoria individual y colectiva borrona nuestro estar y a la sociedad de la que formamos parte. El hecho de que nuestros ciudadanos hayan sido desaparecidos da forma a la desaparición de la propia existencia humana social. Al respecto Jorge Alemán en el “Prólogo” del libro de estas autoras plantea que nos encontramos en tiempos “(...) del neoliberalismo actual: morir sin biografía, sin duelo, ni relato histórico de esa vida, ni ninguno de los episodios que constituyen los núcleos vitales de una existencia” (2018: 6).

A partir de aquí pensamos que la educación atravesada por la memoria, verdad y justicia hace a una reparación, de alguna forma; se trata de habitar nuestra propia herida para poder crear también un pasado. Podemos pensar en nuestros daños del presente, asimismo, conociendo principalmente las heridas abiertas del pasado.

Theodor Adorno en *Educación para la emancipación* plantea, refiriéndose a la educación después de Auschwitz, que es la civilización la que es anti-civilizatoria en sí misma y, en tal sentido, se debe combatir la supremacía ciega de todos los colectivos para que no se repita. Un punto crucial que considera Adorno es el llamado “velo tecnológico”. “Las personas toman a la tecnología como la cosa en sí y se olvidan de que es una prolongación del brazo humano” (Adorno, 1998: 89). Podemos sumar que la técnica asumida en estos términos deshumaniza y le quita toda responsabilidad a las personas por su uso en relación con los otros desde una ética que antecede al conocimiento.

Asimismo, LaCapra propone que un objetivo vinculado con el anterior, problemático e incluso inalcanzable, es hacer un aporte para devolver a las víctimas (póstuma o simbólicamente) la dignidad que les fue arrebatada. Empresa en que el discurso histórico mismo se halla empeñado y, en cierta medida, atravesado por el duelo y el intento de dar digna sepultura a los muertos (son formas importantes de elaboración del pasado), señalado por el autor (2005: 113). Pero la empatía está estrechamente vinculada con una relación transferencial con el pasado, y cabe decir que es un aspecto afectivo de la comprensión y expone al yo al compromiso con el pasado, sus actores y sus víctimas (ibídem: 119).

Las acciones de los sujetos constituyen un sujeto ético. Si bien aquí se trata de la construcción de una narración para representar un pasado es vital conocer las dificultades que se presentan en la escritura mediante la empatía. La escritura a la que se refiere este autor, es aquella que está en relación con el desasosiego empático mediante el que estaríamos, por así decirlo, lo más atentas/os posible a la angustia en nuestro relato. Esta identificación mediante un desasosiego empático sería, siguiendo a LaCapra, una identificación no total, pero sí la adecuada. Dicha perspectiva hace difícil el trabajo en un ambiente de clases en relación con los crímenes de lesa humanidad ocurridos en nuestro país, dado que hemos asistido a un desmantelamiento de nuestra propia memoria, o a una condena del pasado.

Asimismo, ¿qué sucede con el acto de narrar y con la expropiación de poder reconstruir el pasado? “El testimonio es una potencia que adquiere realidad mediante una impotencia de decir, y una imposibilidad que cobra existencia a través de una posibilidad de hablar” (Agamben, 2005: 154). Se plantea aquí una diferenciación entre testimonio y recuerdo en la medida en que se podría estar frente a una desubjetivación.

En este sentido, podemos pensar que las imágenes en un aula representan los rostros de las personas desaparecidas y nos presentan a un no-testigo. Sería una situación en la que el testigo absoluto estuviera en la ausencia y, sin embargo, para nuestra historia la herida permaneciera siempre abierta sin posibilidad de cicatrizar. Paradójicamente, se verifica que no existe la posibilidad de devenir en testigos absolutos porque no se encuentran como sobrevivientes. En la situación del musulmán, planteada y desarrollada por Agamben, hay un superviviente de una desubjetivación. En cambio en los acontecimientos sucedidos en la Argentina no, al menos no es el punto trabajado aquí. El devenir humano de lo inhumano, seguido de los planteos de Agamben, puede presentar una humanidad en un vacío para la situación aquí analizada.

¿Qué sucede con el relato de una experiencia atroz? ¿Toda experiencia es inefable o hay algo inherente a la experiencia de la violencia extrema que la condena a su incomunicabilidad? ¿A qué nos referimos cuando decimos que una experiencia es inenarrable? La profusión de testimonios sobre distintas experiencias límite, ¿no refutaría este tipo de aseveraciones? ¿Cuál es el valor de verdad del testimonio? ¿Se trata de un valor referencial? Desde la lectura de Agamben surge la pregunta: ¿el lenguaje va hacia la verdad o solo tiene una función de comunicación, de pura existencia, pero no del orden de lo real? ¿Qué quiere decir el filósofo cuando afirma que el testimonio se encuentra entre el dentro y el afuera de la lengua?

En oposición al archivo, que designa el sistema de las relaciones entre lo no dicho y lo dicho, llamamos testimonio al sistema de las relaciones entre el dentro y fuera de la lengua entre lo decible y lo no decible en la lengua; o sea, entre una potencia de decir y su existencia, entre una posibilidad y una imposibilidad de decir. (Agamben, 2005: 151)

El autor continúa estableciendo que hay una posibilidad en cuanto a poder ser y una contingencia en tanto poder no ser y estas situaciones son las operadoras de la subjetivación. Luego de Auschwitz “el nexo entre subjetivación y desubjetivación parece deshacerse” (Agamben, 2005: 155). Habría un eterno no ser desde la propia historia social. Es decir, una sociedad con un pasado expropiado, arrebatado, con una memoria que se ha intentado hacer desaparecer. Una sociedad sin conmemoración, sin rememoración, sin recuerdo, sin reconocimiento, sin rituales, ya no es una sociedad. Una sociedad no es un lugar donde ser feliz, como lo ha tratado de imponer la Modernidad,

sino más bien, y más preciso, la sociedad es un lugar donde construimos una memoria que constituye subjetividades. O, en otras palabras, una subjetividad de la memoria en las intersubjetividades. Como una sociedad que hace lugar al encuentro donde podemos dibujar y escribir una biografía social con vidas singulares.

Agamben señala que es la enunciación de los hechos, de un autor que se enuncia en el propio acto. Y continúa desarrollando que es quien asume la autoridad, la autoría, en su experiencia, en su vivencia, hace a una historia, a una biografía, a una narradora y a un narrador. El testimonio se encuentra entre el dentro y fuera de la lengua, en la potencia de decir, en su “contingencia”, remarca el pensador. A su vez, indica que el sujeto ético es el que testimonia una desubjetivación. Situación que nos lleva a pensar en la “humanización”, o la denuncia de deshumanización, a través de la construcción de una narración que narra a su vez al sujeto de la enunciación. Desde ahí que el pronunciamiento y la creación de una memoria de una clase hagan a un acto ético porque hablamos de una desubjetivación del pasado en el presente. Un pasado que se presentifica, se hace presente, incluso, desde la ausencia. ¡Presente!

Por el mismo lado, Paul Ricœur desarrolla el recuerdo mediante la evocación simple que se presenta en una imagen que sobreviene en el presente. Podemos pensar la imagen en el aula como una imagen que adviene, irrumpe, en nuestro presente, por evocación simple ya que nadie ha determinado encontrarse con la imagen y, aún más, todo lo que viene con ella siempre es inesperado. El mismo autor presenta la memoria como la reflexión sobre el pasado en la que desplegamos una búsqueda. La reflexión crea la memoria de una práctica educativa. La memoria necesita del tiempo para poder crearse a sí misma. La referencia a Aristóteles en Ricœur se encuentra en la afirmación: “La memoria es del pasado” (2013: 33). Y, agregamos, el pasado es de las personas que constituyen una comunidad. Ahora bien, ¿qué sucede cuando el pasado ha desaparecido?

Asimismo, el autor indica, en relación con los trabajos de Maurice Halbwachs, que la memoria colectiva necesita de marcos sociales, marcos de referencia, y que para acordarnos necesitamos de otros/as, más precisamente, necesitamos recibir la educación de los/as otros/as ya que atravesamos la memoria de los/as otros/as. Ricœur dice:

Accedemos así a acontecimientos reconstruidos para nosotros por otros que no somos nosotros. (...) Por lo tanto, los otros se definen por su lugar en el

conjunto. La escuela es, a este respecto, un lugar privilegiado de desplazamientos de puntos de vista de la memoria. (2013: 158)

Aunque sea por un momento debemos detenernos en este punto. La rememoración es el recuerdo colectivo, la rememoración colectiva posee una referencia que es el marco social. Maurice Halbwachs (2011) en el capítulo dos, "Memoria colectiva y memoria histórica" de su trabajo *La memoria colectiva*, ubica la memoria histórica por fuera de la memoria individual y colectiva...

El autor propone que la memoria colectiva es necesaria para que los individuos se puedan apoyar en ella. Los signos de una memoria en común se manifiestan a través de señales de formas exteriores, porque son estos mismos los que sacan al sujeto de sí. Hablamos de hechos compartidos, recordados y rememorados en un colectivo y este mismo hecho de recordar consiste en hacer común una realidad, una pintura compartida, una imagen que es un ensamble entre distintas personas, o sea: una memoria colectiva. Tengamos presente que la memoria colectiva abarca la vida de las personas en cuanto historias cortas que se inscriben en una historia larga. Paradójicamente, son las historias cortas con sus continuidades y discontinuidades las que alcanzan una historia larga y transgeneracional. Es decir, la herencia de un mensaje que es reinterpretado, reescrito, por cada generación hace a la construcción de un sentido.

A partir de recordar un hecho colectivo que a su vez produce otro recuerdo, se crean las vivencias. Se trata de reescrituras que van modificando el pasado y, en consecuencia, el presente en vistas a un futuro que siempre se está jugando. Una acción comunitaria que da fuerza para dar forma. Para moldear significaciones del mundo que nos rodea, del habitar y de los sentidos compartidos. El sentido común que hace a lo común de una comunidad a partir del sentir.

En base a las significaciones, comenzando por la memoria colectiva que permite a los sujetos subjetivarse en y desde una sociedad, se significa el presente. Fruto de la construcción que realizamos en nuestra existencia es que podemos relacionar los distintos hechos atravesados por una memoria colectiva que nos recuerda. Ser el reverso de la memoria de una sociedad es tener memoria, tierra y suelo donde pisar que den raíces. La percepción en una clase puede dar forma y relieve en nuestra memoria a partir de rememorar con acciones entrelazadas que se entretajan con palabras, con silencios, con miradas, con olvidos, para recordar aquello que olvidamos.

Permiten, siguiendo a Halbwachs, crear un sentido y así recordar los hechos de estar en el aula. Tengamos en cuenta que el peso se instala en una significación que inscribe y da forma, que encarna una verdad. Crear una clase es una obra en común y de ahí la memoria de una clase para registrarnos desde las singularidades. Con el concepto de creación quiero referirme a la práctica educativa en la que tanto el alumnado como la profesora o el profesor construyen la clase. Ahora bien, en este reconstruir o recrear existe la posibilidad de una obra en común que mancomuna a los actores que forman parte de una clase. Creando un precedente, un punto de partida, ya que crea un antes y un después en los sujetos.

Por el contrario, las percepciones del momento quedarían como datos aislados que no se relacionan entre sí. Las relaciones que hay entre nuestras distintas percepciones son creaciones de los sujetos, tanto colectivas como individuales, sin quedar muy nítido cuándo se construye cada una. En otras palabras, la memoria necesita un soporte que esté entramado con los otros para que la percepción constituya memoria y así se produzcan una significación y una resignificación constitutivas del mundo que habitamos y nos habita, puesto que mediante tales acciones es que producimos sentidos para poder vivir.

Así, la memoria hace a la creación de un *espacio de la memoria*. Una clase hace un espacio donde se guarda un pasado, donde hay una memoria, un recuerdo, parafraseando a LaCapra, un "aquí y ahora" en relación con un "allá y entonces". Se presenta un hecho que sucedió en un allá o aquí en una fecha determinada. Maurice Halbwachs propone que la memoria social se reconstituye en el presente de una sociedad. En este sentido, podemos pensar que la memoria hace a una resistencia, a una insistencia y a una persistencia. Estas palabras comparten entre sí la raíz latina *sistere* que significa establecer, tomar posición, asegurar un sitio. El verbo *sistere* proviene de *stare* (estar en pie) de origen indoeuropeo. Asimismo, la palabra persistencia habla del no ceder ante situaciones adversas y, a su vez, hace a una resistencia, a no quedar vencidas y vencidos por la realidad.

De ahí que la subjetividad es una resistencia a la realidad. Las memorias: persisten, insisten y resisten. Es decir, hay una resistencia que plantea un proceso subjetivante desde la resignificación de la realidad, la reescritura de su memoria, de su estar. Constituyendo así a una subjetividad que antes no estaba. La memoria resiste, porque no se permite olvidar y mucho menos negar. En este sentido, es la propia memoria un proceso subjetivante donde hay una memoria y un sujeto que resisten a la realidad.

El reconocimiento establece que hay un reconocer que hace al conocer. A partir del prefijo “re” se produce un conocimiento. “Lo no dicho reside en la fuerza del re-. (...) Se pasa así a reconocer lo que nunca se vio” (Ricœur, 2006: 19-20). La situación de reconocer es ver el pasado en el presente, siguiendo a Ricœur, porque es reconocer lo no visto y lo no dicho que no habíamos visto en un allá y entonces. En este sentido, entendemos que al menos hay tres reconocimientos: a) en relación con lo sucedido; b) de nuestro presente en relación con el pasado y c) de nuestras acciones con las imágenes. Es en el reconocimiento donde existimos.

En otro acercamiento que podemos realizar a la narración y a la educación desde la literatura, en la obra de Laura Alcoba *La casa de los conejos* (2007) se relata un acontecimiento en el que una mujer adulta le da voz a la niña que no pudo decir, que no pudo pronunciarse en su momento, en otras palabras, viene a testimoniar lo no dicho. La autora dice:

Desde el mismo instante en que empecé a hurgar en el pasado —solo en mi mente al principio, tratando de encontrar una cronología todavía confusa, poniendo en palabras las imágenes, los momentos y los retazos de conversación que habían quedado en mí— fue esa palabra el primer elemento sobre el que me sentí compelida a investigar. (2007: 31)

En este sentido es que podemos partir del mural en el aula para repensarnos en una sociedad desde nuestro propio pasado y desde las fotos de las personas desaparecidas que, sin embargo, están presentes. La clase tiene el don de dar, de hacer presente las ausencias o de mantener la *memoria viva*. Desde ahí una ausencia es ¡Presente!

¿Qué nos presentan las representaciones?

En este apartado la intención es acercarnos a la imagen desde una perspectiva de la cultura visual. En primer lugar, ¿qué vemos cuando vemos las imágenes? ¿Qué representamos en las imágenes? ¿Qué nos presentan nuestras representaciones? Cuando realizamos la presentación de la re-presentación. Cuando vemos las imágenes de los rostros de las personas que no están, cabría preguntarnos: ¿qué vemos en sus miradas o cómo nos vemos en sus ojos?

Hagamos el intento, siguiendo a Mitchell, de descosificar la imagen y hacernos responsables de nuestra manufacturación o, en otras palabras, de nuestro proceso de representación. La propia representación es una forma de dar imagen, dice Mitchell. Pues, comprendemos el mundo, nuestros pasados, nuestras vidas, a través de nuestras representaciones, concepciones que concebimos. Descosificar el mundo y comprenderlo como una construcción que nos constituye a través del mismo acto en acción es un acto performativo, por lo mismo requiere nuestra responsabilización. En ese acto, el sujeto y el objeto son dos fases de un mismo proceso con ambigüedades profundas sobre el exterior y el interior. La visión de la Modernidad por cosificar el mundo plantea demasiados problemas, comenzando por dejar por fuera al propio sujeto que actúa sobre su entorno.

Y Mirzoeff aclara: "Las partes constituyentes de la cultura visual no están definidas por el medio, sino por la interacción entre el espectador y lo que observa. Que puede definirse como acontecimiento visual" (1998: 34). Aquí el planteo es que a partir de una imagen en un aula que nos recuerda quiénes somos podemos generar un acontecimiento a la hora de construir. Entonces, tenemos una imagen de personas desaparecidas delante de nosotros, delante de nuestros ojos y detrás de nuestras vidas. Desde ahí es que ver el pasado es proyectar algún futuro incierto. ¿Qué vemos en la imagen? ¿Qué nos presenta la imagen de personas entre las cuales uno es uno más, un grano más en la arena del tiempo? En esta presentación nos vemos reflejados, en el propio acto de representación, las imágenes nos miran: ¿caso nos representan? La representación es un proceso y, por lo tanto, incluye nuestra labor, nuestra responsabilidad. Nótese, que allí pasamos de una representación subjetiva a una representación en común, y quizás, algún día llegue a ser una subjetividad colectiva.

Por el momento continuemos en nuestra representación de lo presentado en una clase atravesados por el pasado o, ¿al fin, con un presente? Proyectamos en dicha imagen, nuestros deseos, nuestras posibilidades, angustias, sufrimientos, frustraciones y esperanzas. Entonces, ahora un objeto ha sido descosificado y nos mira a cada uno de nosotros. El "objeto" de la imagen que nunca lo fue como tal ahora nos mira en nuestra proyección. Al ver la imagen, nos vemos a través de la propia imagen de las personas desaparecidas, porque nos representamos en la propia imagen a nosotros mismos y de ahí que nos devuelva su mirada o, dicho de otra manera, el mundo se ha descosificado y ahora la imagen es una parte de nuestro pasado. De ahí que

hay una presencia de la desaparición de ellas/os en nuestra mirada. Todo recuerdo es una imagen de la memoria en nuestros ojos.

Cuando pensamos nuestro propio proceso en el que somos responsables de nuestra representación, como lo plantea Mitchell, hemos llegado a otro momento, a la crítica de nuestra propia actividad consciente o al pensamiento crítico. Hace a lograr una praxis con las imágenes.

Las imágenes son un objeto en el presente para poder entender el pasado y así reponer la imaginación social. Poder reconfigurarnos como sociedad después de semejante atrocidad sufrida a manos del terrorismo de Estado. Para poder existir como sociedad necesitamos imaginarnos en lo común, en los derechos, que nos permiten reelaborar nuestra sociedad. Aquí se nos presenta una imagen que nos interpela por la historia; y una memoria fragmentaria, porque cada uno de nosotros tiene distintas configuraciones del tiempo a través de las reescrituras. Los hechos del pasado en el presente conforman a su vez nuestra identidad en relación con la sociedad y nuestra subjetividad. El problema es que como sujetos nos reconocemos en un todo que nos contiene y también somos ciudadanos en una sociedad.

La imagen no solo nos permite construir nuestra identidad en tanto social, sino también nos permite entender, y llegar a comprender, hechos del pasado y del presente en relación con un futuro. La memoria hace habitables determinados espacios y es un derecho de cada uno de nosotros dentro de una sociedad. La historia es pública, es así como la presente imagen realiza lo público a través del reparto de la historia. Reparto en cuanto a que es una memoria que pretende un estatus epistemológico histórico, construida por la sociedad, por los sujetos que forman parte de una historia compartida. En este sentido, la historia historiza a los sujetos, porque son ellas y ellos quienes pueden reescribirla. La historia, tal cual es transmitida o legitimada en una época, al menos en la actualidad, ya no historiza a los sujetos como parte de ella, no hay un sentido previo a la vida en sociedad. Por el contrario, me interesa pensar la resistencia como la posibilidad de historización de los sujetos a través de la reconstrucción de la memoria. De ahí que las relaciones y reescrituras intersubjetivas crean un lugar para un sujeto de la memoria, un sujeto ético-político. Es la construcción de la experiencia de un sujeto y de una sociedad a través de las imágenes que nos permiten imaginarnos en otra sociedad, en otra vida.

Memorias vivientes

*Hay un saber "aún no consciente" de lo que ha sido,
y su afloramiento tiene la estructura del despertar.*

Walter Benjamin, 2016: 875

Las personas comparten imágenes, siempre lo hicieron, hacemos experiencias con las imágenes. Las imágenes están vivas como la narración, las palabras, los hechos, como la memoria. Somos los constructores de una realidad en buena parte imaginada. Construir una cultura visual es una mirada crítica de las imágenes que nos rodean y que queremos tener cerca nuestro.

La representación hace a un acto performativo, en el cual creamos la imagen del mundo a medida que actuamos a través de nuestras acciones. Pues la educación sobre las imágenes es también una educación sobre nuestras propias representaciones.

El presente trabajo abre más interrogantes y vías de indagación como son la educación crítica y emancipadora de la interpretación, ¿cómo debemos pensarnos dentro de la hermenéutica en el siglo XXI? Pensarnos en una hermenéutica actual que hace a una comprensión de nuestra propia experiencia constructiva, constituyente, y de allí, nuestras responsabilidades, para darnos una memoria desaparecida. Un tiempo que ya no tenemos, pero que podemos reconstruir.

Mirzoeff plantea el retorno, la reconstrucción de una visualización en común y no obligatoria. De allí que pensar lo común de la visualidad es imaginarnos en una sociedad posible. Repensar la educación no es pensar la técnica, la codificación, sino, pensar la expresión, la interpretación, la representación de nuestras imágenes que constituyen nuestro pasado y la expectativa de nuestro futuro.

Desde lo pedagógico es sumamente importante formarnos desde la interpretación que hacemos del mundo que nos rodea atravesado por las imágenes. Ya que nos permite la construcción de una identidad y una subjetividad, de un pasado y de un presente, en síntesis: *rememorar*. Esto es primordial para la inclusión cultural y el respeto por los derechos de acceso al archivo por parte de las generaciones más jóvenes y así propiciar su transformación de la historia heredada. Repensar las imágenes que intervienen en el espacio áulico en la universidad teniendo en cuenta que las representaciones hacen al estar en el presente.

La primera vez que entré a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, quedé impactado por las imágenes del aula central, N° 108 del primer piso, Ernesto “Che” Guevara. Imágenes de “ausencias presentes”, eso que me tocó en lo más íntimo, fue aquello que no estaba, lo que faltaba, la falta que nos hace, las personas que no podemos encontrar, las personas “desaparecidas”, sentí que me habían arrancado la subjetividad. La ausencia también es una memoria viva y hace a aquello que nos sucede. Siguiendo a Fernando Hernández, representar el mundo como una continuidad es una forma de presentarnos ante el mundo y de presentarnos el mundo en nosotros. “Esto significa que la visión no puede separarse de las cuestiones históricas sobre la construcción de la subjetividad. Sobre todo dentro de la modernidad del siglo XX” (Hernández, 2005: 17).

Ahora la pregunta es: ¿cómo nos afecta la imagen? ¿Qué hacemos con las imágenes? La cultura visual no son las imágenes que nos rodean, por el contrario, es aquello que hacemos con las imágenes, nos dice Hernández (2018). Este hacer con las imágenes son las representaciones que proyectamos sobre la misma imagen volviéndolas un espejo para mirarnos ya que allí vemos aquello que también proyectamos.

Aquí la propuesta es que las imágenes son en sí mismas nuestras acciones que reconstruyen una memoria. Hay otra pregunta que podemos utilizar para interpelarnos y que no es qué decimos nosotros de la imagen que tenemos enfrente nuestro, sino, ¿qué dice la imagen de nosotros? Pensar la imagen en el presente, contextualizada, con-textuada, historizada, nos permite realizar una genealogía de la imagen o una reconstrucción del tiempo que hace a nuestra biografía social o a las vidas escritas desde una sociedad. Aquí la genealogía consiste en ver el presente atravesado por nuestra historia social.

Así, las escrituras del pasado social se encuentran en las intersubjetividades desde el ver las imágenes para una memoria del presente que constituye a los sujetos de memorias fragmentadas. Son las huellas en una memoria social que reescribe la historización de las intersubjetividades en una misma época. En este sentido, aquí se abordan las intersubjetividades como lugares constituyentes de sujetos de la memoria. Aquí se enfoca en las reescrituras a partir de una memoria que es reescrita en un tiempo condensado de las fotografías carné (identidad) que ahora son identidades desaparecidas. Una pregunta transversal es: ¿qué identidad hace una sociedad desde la desaparición? Asimismo, los nombres que están al lado de cada imagen cuestionan acerca de la imagen del nombre. ¿Existe una imagen de

la palabra? ¿Qué sucede con el nombre que representa a una persona desaparecida? ¿Qué imaginamos a partir del nombre propio? Asimismo, cuestionando la imagen ausente, incluso, en el mural sin la foto carné de identidad permaneciendo en un cuadrado grisáceo, ¿qué doble ausencia es incluso la no-imagen del cuadrado gris? Desde ahí es que el interés se centre en ubicar cómo la desaparición forzada de personas es una pulsión, una huella que persiste e insiste sobre nuestras miradas que tenemos desde la memoria colectiva. El interés se centra en ubicar la ausencia presente en la mirada que retiene la desaparición. ¿Qué sucede con la mirada de las fotografías? ¿Cómo se constituye una doble mirada entre la imagen y quien mira, entre la representación y la realidad?

Por el contexto del mural en este aula se la puede denominar *espacio de la memoria*. La memoria de un lugar está haciendo una clase. De este modo, la memoria de una clase siempre hace a una intersubjetividad que se entrama en un espacio que es la clase. Las memorias de clases construyen un entramado, un *espacio de la memoria*. Por lo tanto, las memorias de una clase son un entretejido social que reescriben biografías en una biografía social con sus marcos de referencia que constituyen una representación de la sociedad en la habitamos y que nos habita.

Desde lo dicho hasta aquí surge la cuestión central: ¿cómo el sujeto realiza una plasticidad de la memoria con las reescrituras de las imágenes haciendo traducciones de un pasado presente que es intraducible? ¿Qué memoria es la intersubjetividad y cómo su reescritura plantea que se reescribe una nueva subjetividad atravesada por la desaparición? ¿Por qué la urgencia de crear significaciones desde el acto de recordar con imágenes? ¿Cómo reconstruimos significaciones desde una puesta en común de la rememoración? ¿Qué imaginación podemos realizar desde una sociedad con una memoria desaparecida?

La subjetividad se plantea aquí como un lugar entretejido por las intersubjetividades que constituyen un espacio de la rememoración en el acto de una memoria viviente, de lo vital, de lo que pulsa. Intersubjetividades como espacio y tiempo de un sujeto de la memoria sin escisión de una autobiografía o biografía social. En este punto, la percepción del entorno con imágenes e imaginado parte de las significaciones que se realizan en la construcción de una memoria aún con vida. En otras palabras, una mirada de los recuerdos que hacen a un mundo visible a través de las señales. Desde ahí el compromiso de la educación desde las aulas universitarias contribuye a las inquietudes sobre la memoria de una clase. Claro, ¿de quién es

la memoria de una clase?, del entrecruzado de las personas que sitúan un espacio de la memoria. Sin un autor, sino desde una polifonía de narradores. Desde ahí las huellas que se entrecruzan, se superponen, significan y reescriben en el entre, donde la persona está ausente y está su imagen como marca irrepetible, una impresión, que traemos una y otra vez desde la mirada que mantiene la imagen aún con vida: ¿las imágenes están vivas?

A modo de inconclusión: ¿por dónde continuar?

¿Cómo nos constituimos en sujetos de la memoria de una sociedad mediante las acciones con imágenes? Quizás la categoría que no hemos nombrado directamente es la experiencia, sin embargo, estuvo presente durante todo el recorrido ya que la experiencia de construir una historia sobre el pasado constituye el presente de las personas a través de las relaciones que establecemos, aquí, con las imágenes de personas desaparecidas por el terrorismo de Estado. La narración en común mediante la rememoración hace al pensar los hechos de una sociedad que constituyen una identidad en común creando una experiencia que resignifica. Existe una responsabilidad en nuestras acciones con las imágenes que identifican a personas que aún seguimos buscando para restaurar la identidad de todas y de todos. Es decir, constituye una biografía social o vidas sociales escritas. Una historia compartida en la que participamos tanto en forma singular como colectiva creando un nosotros desde las aulas. Desde ahí es que me interesa abordar en un futuro trabajo las imágenes de la memoria y la subjetividad como resistencia a la realidad opresora. La construcción de una narración que nos forma en la educación y que, a su vez, nos permite dar forma al pasado mediante el presente desde la memoria de una clase. En palabras de Agamben:

Podemos decir que testimoniar significa ponerse en relación con la propia lengua en la situación de los que la han perdido, instalarse en una lengua viva como si estuviera muerta o en una lengua muerta como si estuviera viva...
(2005: 169)

A continuación quiero concluir con un fragmento de la novela autobiográfica de Laura Alcoba, porque pienso que nos permite seguir insistiendo en la persistencia de nuestra memoria que hace posible otra existencia y otra resistencia:

(...) Clara Anahí vive en alguna parte. Ella lleva sin duda otro nombre. Ignora probablemente quiénes fueron sus padres y cómo es que murieron. Pero estoy segura, Diana, que tiene tu sonrisa luminosa, tu fuerza y tu belleza. Eso, también, es una evidencia excesiva. (2008: 89)

Referencias bibliográficas

- Adorno, Th. (1998). *Educación para la emancipación*. Conferencias y conversaciones con Hellmut Becker (1959-1969). Madrid, Morata.
- Agamben, G. (2005). Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. En *Homo sacer III*. Valencia, Pretextos.
- Alcoba, L. (2008). *La casa de los conejos*. Barcelona, Edhasa.
- Alemán, J. (2018). "Prólogo". En Rousseaux, F. y Segado, S. (comps.) *Territorios, escrituras y destinos de la memoria*. Buenos Aires, Tren en movimiento.
- Benjamin, W. (2016). *El libro de los pasajes*. Tiedemann, R. (ed.). Madrid, Akal.
- Halbwachs, M. (2011). *La memoria colectiva*. Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Hernández, F. (2000). *Educación y cultura visual*. Barcelona, Octaedro.
- Hernández, F. (2005). ¿De qué hablamos cuando hablamos de cultura visual? *Educação & Realidade*, vol. 30, Nº 2: 9-34, julio-diciembre. Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=317227042017>
- Hernández-Hernández, F. y Cuadra Pedreño, M. (2018). Prácticas de archivo en torno a los imaginarios de la(s) infancia(s) en la fotografía artística contemporánea. *Pulso. Revista de educación*, (41): 105-118. Disponible en: <https://doi.org/10.58265/pulso.5153>
- LaCapra, D. (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Mirzoeff, N. (1998). *Visual Culture Reader*. Londres, Routledge.
- Mitchell, W. J. T. (2002). Showing seeing: a critique of visual culture. *Journal of Visual Culture*, 1 (2): 165-181.
- Ricœur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*. Buenos Aires, FCE.
- Ricœur, P. (2013). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires, FCE.
- Rousseaux, F. y Segado, S. (comps.) (2018). *Territorios, escrituras y destinos de la memoria*. Buenos Aires, Tren en movimiento.